



## CAPITULO LX

DONDE EL HISTORIADOR DA FIN Á SU ATREVIDO EMPEÑO, NO DE HOMBREARSE CON EL INMORTAL CERVANTES, NI DE IMITARLE SIQUIERA, SINO DE SUPLIR, CON PROFUNDO RESPETO, LO QUE Á ÉL SE LE FUÉ POR ALTO.

Por la primera vez en el curso de las aventuras, no quiso D. Quijote seguir adelante; ni Sancho Panza viniera en ello, siendo él uno que no gustaba de andar de noche, ni de pasar un día sin dos comidas por lo menos. Como casi en todos los monasterios sitos en el campo, en éste se da posada al caminante, cuando la tarde ó la lluvia le obligan á llamar á sus puertas. Había cuarto de forasteros y un hermano destinado á cumplir los deberes de la hospitalidad. Apeóse Sancho y dió sus aldabazos en la puerta, de orden de su señor; á cuyos golpes acudió el portero, un buen lego rezongador y dormilón. «¿Quién me viene á romper la puerta á media noche?, dijo desde adentro. — ¡Yo soy, hermano! Abra vuesa reverenda, y sabrá cosas que le han de admirar. — ¿Quién es yo? Fray Aniceto me tiene mandado no abrir á nadie que no dé su nombre. — ¿Será también preciso dar la edad y el seso?, replicó Sancho. Pues sepa su reverenda que soy Sancho Panza, del género masculino, cuarenta y cinco años, poco más ó menos, y por oficio, escudero de D. Quijote de la Mancha. — Seso es una cosa y sexo otra muy diferente, dijo don Quijote. Pregúntale á ese buen padre si fray Aniceto le tiene también mandado tenernos cinco horas retoñando en la humedad

antes de abrirnos. — ¡No dije seso, sino sexo, hermano portero!, gritó Sancho: con este pasaporte, ya puede vuesa reverenda darnos entrada.» Abrió el lego, con gran crujir de llaves y cerrojos: dejando sus bestias al cuidado de un mozo que allí vino, caballero y escudero se internaron en el caserón, conducidos por un donado que los llevó al aposento de huéspedes. Allí fueron servidos con mucha caridad y amor, si bien de manjares sencillos, según costumbre de las comunidades religiosas. «Vuesa merced dispense, dijo el hospedero á D. Quijote, la regla nos prohíbe el vino; y por ser viernes, ni carne hemos podido presentarle. — No es necesaria, respondió D. Quijote. Si vuestas paternidades se abstienen por observancia, el caballero andante prescinde de todo regalo en virtud de su profesión y su temperamento. Buenas son todas las cosas, y mejores mientras más naturales, como sean limpias. Vuesa paternidad ha hecho todo con hacer lo que ha podido. — Favor de vuesa merced,» dijo el fraile, y despidiéndose en latín, *Pacem relinquo vobis*, desapareció por esos claustros.

Había fallecido el día anterior uno de esos que se llaman *padres graves*, fraile octogenario, la historia viva y el respeto del convento. Los dobles eran continuos por el mismo caso, y ese triste campaneó en el silencio del campo y la obscura soledad del anchuroso edificio hubieran infundido melancolía en el corazón más ajeno al afecto de la muerte. D. Quijote sintió una como tristeza funeraria; y no pudiendo ocuparse en obras más ruidosas, le pasó por la cabeza hacer su testamento y tenerlo prevenido para el trance inevitable. Este buen hidalgo experimentaba á menudo grandes conmociones interiores de piedad; aun cuando hubiese muerto loco, no habría olvidado las prácticas de los católicos, siendo, como era, muy adicto á la religión de sus mayores. «¿Qué te parece, Sancho, dijo, si ahora que todo nos está hablando de la tumba, hiciese yo mi testamento, para asegurar este negocio? En tanto que tú duermes, podré fijar por escrito mis disposiciones; y á efecto de imitar al Cid Rui Díaz, explayaré mi voluntad en verso, según te lo insinué mucho antes de ahora. — ¿Qué muerte dice vuesa merced, Sr. D. Quijote,



respondió Sancho, cuando hay todavía en vuesa merced vida para un emperador? Pero es también cierto que del pie á la mano la lía el más sano; y así no me parece diligencia excusada ese buen testamento, como se me deje dormir y no se olvide al escudero en la obrita. — Es cosa mía, repuso D. Quijote; figurárs en tu lugar según tus merecimientos.» Acostándose Sancho Panza, entró de lleno en materia, porque sin preámbulos ni *prologos* le cogió por la mitad al sueño, con tal gana, que si D. Quijote le hubiera dado de patadas en ese instante, él no se hubiera despertado. Sudó poco el hidalgo en su piadosa tarea, como quien tenía buena disposición intelectual y un cierto despejo en sus locuras; de donde resultaba que sus obras eran fáciles y pergeñadas. Cuando tocaban á maitines, y los frailes, calada la capilla, iban saliendo con lento paso de sus celdas, se llegó D. Quijote á su escudero, y le hizo sentarse, quiera ó no quiera, para que le oyese. Perezoso y desmelenado cedió el buen hombre á las impertinencias de su amo, por no encenderle de ira y hacerse apalea en la cama. Entre dormido y despierto fué el oyente del testador, bostezando de modo que dejaba ver la campanilla. «Tú sabes, dijo D. Quijote, que el Cid Rui Díaz..... ¡Deja de bostezar, camueso! Á nadie le comunico mis ideas para hacerle dormir. — Barba pone mesa, que no pierna tiesa, respondió Sancho, despertándose del todo, como uno que sabía que de la cólera al palo no había mucha distancia en D. Quijote. Prosiga vuesa merced, ya tengo media vara de oreja tendida. — Tú sabes que el Cid Rui Díaz puso esta cláusula en su testamento:

«Item: mando que no alquilen  
Plañideras que me lloren:  
Bastan las de mi Jimena,  
Sin que otras lágrimas compre.»

Pues por aquí yo digo:

Item: mando no dispongan  
Que me lloren plañideras:  
Al llanto ajeno renuncio,  
Si me llora Dulcinea.

Y para mayor abundamiento añadido:

Rocío serán sus lágrimas  
Que mis lauros humedezcan:  
Las compradas poco valen,  
Yo ambiciono las sinceras.  
Del amor el pecho es nido,  
El dolor en él se sienta:  
La que ama, la que padece,  
Desde el corazón las echa.  
Y las que surgen á impulsos  
Desa celestial dolencia,  
Alivian á quien las vierte,  
Á quien las causa consuelan.  
Para un amante es muy grato  
Que su adorada padezca,  
Si su amable pesadumbre  
Esperanza, dicha encierran.  
Esas lágrimas que inundan  
A la que en mí se desvela,  
Para mí son un trofeo,  
Me subyugan y me alegran.  
Las hay empero que nunca  
Las congojas aligeran:  
El amor llorando crece,  
Llorando el amor se aumenta.  
Llorar á tanto por lágrima,  
Eso es vender la conciencia:  
Ni se compran ni se venden  
Nuestras afecciones tiernas.  
¿Para las cosas del alma  
Precio alguno hay en la tierra?  
Llorar de amor es muy dulce:  
Llore, llore Dulcinea.

Item: mando que mis armas  
En mi tumba se suspendan;  
Ni ella tenga otros adornos  
Que mi coraza y mis grebas.  
Coronas para la virgen,  
La lira para el poeta,  
Para los sabios el libro,  
Cada cual tiene su emblema.  
En vida y en muerte al héroe  
Su espada le representa:  
La mía cuélguese al árbol  
Que mi sepulcro sombrea.  
En las edades venturas  
Dirán con respeto al verla:  
Esta fué una muy gloriosa;  
Nadie á tocarla se atreva.



La mano que la empuñaba  
 La meneó con destreza:  
 Al oprimido, al inerme  
 Socorrer era su tema.  
 ¡Qué invencible caballero  
 El señor que la maneja!  
 Pura bondad con el bueno,  
 Con el malo cosa horrenda.  
 Al postrado le levanta,  
 Allí su tuerto endereza.  
 Si un soberbio da en sus manos,  
 Le castiga la soberbia.  
 A su sombra puesta en salvo  
 La viüda se contempla:  
 Huerfanillo, ése es tu padre;  
 Ése es tu hermano, doncella.  
 Mi capacete, mi yelmo,  
 Mis brazales, mi babera,  
 Mis manoplas, mi loriga  
 Pónganse dentro la reja.  
 Y si la gloria me prende  
 Una lámpara perpetua,  
 Arderá junto á la llama  
 Que de mis armas se eleva.  
 Item: mando que construyan  
 Una pirámide egregia  
 Do repose mi caballo  
 Para su memoria eterna.  
 Esto es si no se le erige  
 Una ciudad estupenda,  
 Como ya hizo para el suyo  
 El gran capitán de Grecia.  
 Legado honroso y amable  
 Que obliga á los que me heredan:  
 Si mucho pedir es esto,  
 Hágase lo que se pueda.  
 Pero en menos no consiento  
 Que en oro su imagen bella  
 Se labre, y en un museo  
 Con grande honor se le tenga.  
 Si se llamó Bucefalia  
 La ciudad de aquella pieza,  
 La ciudad de Rocinante  
 Se llamará Rocinecia.  
 Y como van peregrinos  
 Los turcos hacia la Meca,  
 Seguirán los caballeros  
 De Rocinante la estrella.  
 Mi caballo, ¡mi caballo!  
 Mucho el dejarte me pesa;  
 Pero no puedo llevarte  
 Do la eternidad me lleva.

Siempre con bien me has sacado  
 De la batalla sangrienta:  
 Sobre ti nunca he temido  
 Tomar sobre mí una empresa.  
 Humilde para tu dueño,  
 Alto y soberbio en la guerra,  
 En el andar ¡qué constancia!  
 En el comer ¡qué modestia!  
 La triste menuda grama  
 Te bastaba en la floresta,  
 Y aun menos si sucedía  
 Que durmiéramos en venta.  
 Como animal, todo esfuerzo;  
 Como amigo, á toda prueba:  
 Lealtad y simpatía,  
 Gratitud y consecuencia.  
 Tomad, hombres, el ejemplo  
 Desta incomparable bestia:  
 Grandes sed, pero sufridos;  
 Sacad fuerzas de flaqueza.  
 Item: mando que los quintos  
 Del completo de mi hacienda  
 A Sancho Panza se entreguen  
 Por premio de su asistencia.  
 Los salarios son aparte,  
 En los quintos eso no entra;  
 El precio de su trabajo  
 A nadie se le descuenta.  
 Escudero decidido  
 Como pocos en la tierra:  
 Si yo con hambre, él con hambre;  
 Si yo peleo, él pelea.  
 En el vaivén de la noble  
 Profesión caballeresca,  
 Siempre á mi lado mostrando  
 Virilidad y firmeza.  
 Necesidades, fatigas,  
 Manta, palos y refriegas,  
 En la impavidez de su alma  
 Cualquier trabajo se quiebra.  
 Comer, si quiere la suerte;  
 Dormir, si tiempo nos queda;  
 En este sinfín de angustias  
 Mi escudero ni una queja.  
 Escudero, ¡mi escudero!  
 Para ti no hay recompensa;  
 Según lo que tú mereces  
 No hay cosa que no merezcas.  
 Hecho el desfalco del quinto,  
 Esa manda satisfecha,  
 A mi sobrina le toca  
 Lo restante de mi hacienda.»



Se le fueron las lágrimas á Sancho Panza á las últimas cláusulas, y no halló términos con qué manifestar su agradecimiento á su señor. Como hubiese aclarado del todo, caballero y escudero salieron á misa, ya de buenos cristianos, ya por no escandalizar con partirse sin oilla. En el interin se les metió en el cuarto un fraile husmeador, que así de vana y baja curiosidad, como de malicia, todo lo inquiría y requería por si algo sacaba en su provecho, siendo como era el más ruin y mal intencionado, no solamente de esa, sino de todas las comunidades. Era este fraile el hermano José Modesto. Embaidor y socarrón, cuando no tenía entre manos una picardía, no le faltaba una burla que hacer á sus hermanos y superiores. Con esconder el brazo desde luego, y con negar si era descubierta y jurar por Dios Nuestro Señor, todo estaba hecho para él. Arrugado, amarillo, sus ojos triangulares y vidriosos no miran jamás en línea recta. Malo como feo, este santo hombre no carece de ingenio, y se aprovecha de él cuanto puede en daño de sus semejantes. Entró, como queda dicho, el hermano José Modesto al cuarto de don Quijote, vió un papel sobre la mesa, lo leyó, y tras una sonrisa diaboluna por entre la cual comparecían las teclas de piano viejo que le sirven de dientes, después de un rato de meditación, agregó de muy buena letra al testamento de D. Quijote la cláusula siguiente:

Item más: si con el tiempo  
A ser andante viniera  
Alguno de mi prosapia  
Que de la nada aún no llega,  
Mando que para escudero  
A Sancho Panza se atenga,  
Porque á lo fiel, á lo honrado  
Añade éste la experiencia.  
Y en alcanzando el imperio  
Que al buen andante le espera,  
Hágale conde ó gran maestre:  
Así D. Quijote premia.

## ÍNDICE

	Páginas
<i>El buscapié</i> (Prólogo de un libro titulado ENSAYO DE IMITACIÓN DE UN LIBRO INIMITABLE Ó CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON Á CERVANTES). . . . .	V
CAPÍTULO PRIMERO. — De la penitencia que á imitación de Beltenebros principió y no concluyó nuestro caballero don Quijote. . . . .	I
— II. — Del encuentro que D. Quijote de la Mancha tuvo con Urganda la Desconocida. . . . .	6
— III. — De la manera como D. Quijote de la Mancha hizo suya una aventura de otro famoso caballero. . . . .	11
— IV. — De la grande aventura de los tres penitentes y otras de menos suposición. . . . .	16
— V. — Donde se ve si devotos se quedan con los agravios que reciben, y se da cuenta de cómo don Quijote embistió á una legión que él tuvo por de mala ralea. . . . .	23
— VI. — Donde se da cuenta del ágape que honró con su presencia D. Quijote de la Mancha. . . . .	30
— VII. — Donde continúa el festín del cura, dado con la ocasión que ya sabemos. . . . .	34
— VIII. — Donde se descubre la ingeniosa manera de que el cura usó para dar un banquete sin que le costase un maravedí y se trata de Sancho Panza y la revuelta en que se vió metido muy á pesar suyo. . . . .	38
— IX. — Que trata de cosas varias é interesantes por sí mismas, y todavía más por la parte que en ellas tomó D. Quijote de la Mancha. . . . .	43
— X. — Del encuentro que tuvo D. Quijote con un poderoso enemigo, y de los trabajos que á esta aventura sucedieron. . . . .	49
— XI. — De la temerosa aventura de la cautiva encadenada. . . . .	53



	Páginas
CAPÍTULO XII. - De la grande aventura del puente de Mantible que nuestro buen caballero se propuso acometer y concluir en un verbo. . . . .	61
- XIII. - Que trata de la maravillosa ascensión de D. Quijote y del palacio encantado donde imaginó hallar á su señora Dulcinea. . . . .	69
- XIV. - De la entrevista que el enamorado D. Quijote creyó haber tenido con su dama. . . . .	73
- XV. - De la conversación que caballero y escudero iban sosteniendo mientras caminaban. . . . .	77
- XVI. - De la casi aventura que casi tuvo D. Quijote ocasionada por un viejo de los ramplones de su tiempo. . . . .	83
- XVII. - Donde se ve si D. Quijote era más discreto que un obispo, hasta cuando llegaba el instante de ser loco. . . . .	88
- XVIII. - De la grande aventura del globo encantado en que venía la mágica Zirfea. . . . .	94
- XIX. - Donde se da cuenta de cosas que sólo para Sancho Panza concluyeron como aventura. . . . .	99
- XX. - Donde nuestro caballero se muestra muy juicioso, hasta cuando la aventura en que gana el cuerno encantado de Astolfo le hace mostrarse más loco que nunca. . . . .	106
- XXI. - Que trata de lo que no sabrá el lector antes de que hubiese leído este capítulo. . . . .	112
- XXII. - Que da á conocer la casa adonde fué á parar don Quijote después de la aventura en que ganó el cuerno de Astolfo. . . . .	119
- XXIII. - Donde se sigue á D. Quijote hasta la casa que él tuvo por castillo. . . . .	126
- XXIV. - Donde se dan á conocer algunas de las personas con quienes tenía que habérselas D. Quijote en casa de D. Prudencio Santiváñez. . . . .	131
- XXV. - De cómo entró en conversación nuestro caballero con los señores del castillo. . . . .	135
- XXVI. - De lo que trataron Sancho Panza y el intendente del castillo. . . . .	142
- XXVII. - De lo que pasó entre Sancho Panza y la viuda que en este capítulo se presenta. . . . .	146

	Páginas
CAPÍTULO XXVIII. - De los razonamientos que los dueños de casa y su huésped iban anudando, mientras Sancho Panza hacía lo que sabemos. . . . .	151
- XXIX. - Del ímpetu de coraje que tuvo D. Quijote al saber lo que á su vez sabrá el que leyere este capítulo. . . . .	157
- XXX. - De las lamentaciones que hizo nuestro buen caballero D. Quijote y de las temerosas razones en que se declaró su resentimiento. . . . .	162
- XXXI. - De la desventura del bueno de Sancho Panza y los reproches que hizo á su señor, con la vehemente respuesta de este fogoso caballero. . . . .	167
- XXXII. - Que trata del santo hombre de ermitaño que don Quijote encontró en el cerro, con lo cual su aventura iba á ser de las más acabadas. . . . .	171
- XXXIII. - De la notable contienda del bravo D. Quijote con el caballero del Águila, y de otras cosas no menos interesantes que divertidas. . . . .	176
- XXXIV. - Del alborozo que nuestro enamorado caballero sintió al topar de manos á boca con su dama. . . . .	183
- XXXV. - Donde se da cuenta del grave asunto que trataron algunos de los personajes de esta historia. . . . .	189
- XXXVI. - Donde se enumeran los caballeros que han de concurrir al torneo de D. Alejo de Mayorga en honra de las damas. . . . .	197
- XXXVII. - De la batalla nocturna que el invencible D. Quijote estuvo á punto de perder y no ganó del todo. . . . .	204
- XXXVIII. - Del grave, raro é inesperado suceso que le fué revelado á nuestro buen caballero D. Quijote de la Mancha. . . . .	210
- XXXIX. - De cómo se armó para el torneo el famoso caballero de la Mancha. . . . .	215
- XL. - Donde se da cuenta del famoso torneo del castillo. . . . .	219
- XLI. - De las razones y las contradicciones que amo y criado tuvieron después de la batalla. . . . .	226
- XLII. - Donde se da cuenta del baile de doña Engracia de Borja, y se delinean algunas de las damas que á él concurren. . . . .	232
- XLIII. - Donde se prosigue la materia del capítulo anterior. . . . .	237



	Páginas
CAPÍTULO XLIV. — De la despedida que de los señores del castillo hizo nuestro aventurero. . . . .	241
- XLV. — De lo que les sucedió á D. Quijote y Sancho Panza, mientras andaban descaminados por Sierra Morena. . . . .	246
- XLVI. — Qué fué lo que D. Quijote y su escudero hallaron al salir de un bosque. . . . .	253
- XLVII. — Donde se ve si le faltaban aventuras al bravo don Quijote. . . . .	259
- XLVIII. — De lo que pasó entre amo y criado, y de quiénes eran los señores que toparon con D. Quijote. . . . .	265
- XLIX. — De cómo rodó la conversación en el festín campestre. . . . .	270
- L. — Que muestra hasta dónde podían llegar y llegaron el atrevimiento y la locura de D. Quijote. . . . .	276
- LI. — Que trata de cosas del bachiller Sansón Carrasco. . . . .	283
- LII. — De la llegada de D. Quijote al castillo del señor de Montugtusa. . . . .	287
- LIII. — De cómo salió el maestro Peluca en la representación de su comedia. . . . .	291
- LIV. — De lo que sucedió entre las cuatro paredes del aposento de los huéspedes. . . . .	297
- LV. — Donde se da á conocer el desconocido y cuenta su lamentable aventura. . . . .	301
- LVI. — De la nunca vista ni oída batalla que de poder á poder se dieron el genuino y el falso D. Quijote. . . . .	307
- LVII. — De las razones que mediaron entre D. Quijote y su criado, hasta cuando al primero se le ofreció una ayentura muy ridícula de dos notables sucesos antiguos. . . . .	313
- LVIII. — Capítulo de los menos parecidos á los de Cide Hamete Benengeli. . . . .	320
- LIX. — Que trata de la última aventura que le sucedió á nuestro buen caballero D. Quijote. . . . .	325
- LX. — Donde el historiador da fin á su atrevido empeño, no de hombrearse con el inmortal Cervantes ni de imitarle siquiera, sino de suplir con profundo respeto lo que á él se le fué por alto. . . . .	330



